

por una de estas fórmulas: *Noverit universalitas vestra ó universalitas magistrorum et scholarium*¹.

De esta palabra, dirigida colectivamente, se originó el nombre de universidad. Roberto de Courson, legado de la Santa Silla en Francia, formó sus primeros Estatutos, que tienen la fecha de 1215, y solo mencionan como objetos de enseñanza la teología y las artes². Inocencio III les agregó la facultad de enseñar el derecho, y en una bula expedida en 1231, el papa Gregorio IX supone la existencia de los maestros en teología, derecho, física y artes. La misma universidad, con fecha de 1253, explicando á los obispos sus desavenencias con los Dominicos, coteja las cuatro facultades con los cuatro rios del paraíso terrestre.

A mas de la universidad existían muchas escuelas: los Franciscanos, los Predicadores ó Dominicos, los Carmelitas y Agustinos franqueaban sus aulas á jóvenes de todas las naciones. Esta concurrencia acarrea sin duda muchos conflictos, porque en todo tiempo han existido los celos y rivalidades; pero la Autoridad Real y la Santa Sede procuraban ponerles un término: las pasiones rivales eran juzgadas y condenadas; había vencedores y vencidos: sin embargo, nadie osaba atacar á la libertad de enseñanza; la universidad acataba este principio, y las Órdenes religiosas le aceptaban.

La universidad no era en aquella época mas que un agregado libre, en el que no se conocían aun ni el exámen, ni los grados, ni los diplomas: la sola capacidad comunicaba el derecho de profesorado. El pontífice Gregorio IX creó los grados de bachiller, licenciado, maestro y doctor.

El nombre de *bachiller*³ fue atribuido por el mismo Pontífice al primer grado, al modo que en la milicia al oficial inferior se le daba el título de *bas-chevalier*.

Dábase el título de *licenciado*, al que después de haber sufrido las pruebas exigidas, obtenía licencia ó permiso para enseñar do quiera que se hallase.

¹ Sepa vuestra universalidad, ó sepa la universalidad de los maestros y discípulos.

² Los maestros en artes estaban encargados de enseñar la filosofía, y los teólogos la Escritura sagrada.

³ *Bacillarius ó bacularius*.

El *maestro* y el *doctor* incluyen en estos nombres la explicación de sus títulos¹.

La universidad, que en un principio carecía de administración especial y se gobernaba con arreglo al derecho comun de todos los ciudadanos, fue adquiriendo poco á poco el nombre de corporación, y metodizó su forma. No era por cierto á los reyes de Francia á quien apelaba en demanda de sus estatutos y de las prerogativas que ambicionaba; Roma era mas bien el blanco de sus miradas. Inocencio III la permitió nombrarse un procurador, y autorizóla Inocencio IV para servirse de sellos, de donde se originó el cargo de canceller. Hallábase la universidad bajo la dependencia del Papa; reconocía esta dependencia; tenía entre sus dignatarios un representante especial de la Santa Sede, comisionado para vigilar en lo ortodoxo de las doctrinas: este representante especial se llamaba síndico.

Al jefe de una facultad particular se le atribuía el nombre de decano (*decanus*) ó superior de diez individuos: el jefe de la facultad de artes lo era también de la universidad de Paris, bajo el nombre de rector.

Esta corporación no careció de privilegios, los exigía á menudo, y los Papas se los otorgaban con frecuencia. Esto hubiera debido ser para ella un motivo de reserva, y en varias ocasiones no debió haberse mostrado tan ardiente en vituperar á los demás lo

¹ Hé aquí las pruebas que era indispensable sufrir para la admisión á estos diferentes grados. Después de haber cursado el estudiante tres años de teología, sostenía su primera tesis, denominada la *tentativa*, sobre la primera parte de la Suma de santo Tomás; si la defendía victoriosamente, era promovido al grado de *bachiller* y entraba en el de licenciado, á donde pasaba dos años; sufría dos exámenes, el primero sobre toda la teología escolástica, y el segundo sobre los Sacramentos, sagrada Escritura é historia eclesiástica. Interin transcurrian estos dos años de licencia, que se llamaba *estar en los bancos*, hacían los bachilleres varios actos ó sostenían varias tesis, que se denominaban la *grande ordinaria*, la *pequeña ordinaria*, y la *sorbónica*, así llamada porque se discutía en la Sorbona desde las seis de la mañana hasta las ocho de la noche: después de sostenidas semejantes tesis por espacio de dos años, eran promovidos al grado de licenciados, recibiendo la bendición del canceller de Nuestra Señora de Paris. Por último, después de otro acto, llamado *visperas*, porque se verificaba de tres á seis de la tarde, pasaba el licenciado á recibir la borla de doctor á la iglesia de Nuestra Señora de Paris, de manos del canceller de la universidad. Llamábase *áulico* el último acto que realizaba en esta ocasión, por la sala arzobispal, donde era sostenido. Estos grados daban el derecho de ser elegidos para los cargos importantes y altas dignidades.

que ella misma habia obtenido ó esperaba obtener de la liberalidad de la Santa Sede. Pueden reducirse á nueve los privilegios que obtuvo y que el tiempo ha destruido; á saber:

Derecho de fisco, de beneficios, de *committimus*, de excomunion, de grados, de peaje, de residencia, de servicio militar y de subsidios.

El derecho de *committimus*, ampliado y variado en su aplicacion, fué otorgado ya por la Santa Sede, como por los soberanos. Sustraió á la universidad á la jurisdiccion ordinaria, señalándola jueces y defensores particulares. Respecto á los hechos universitarios, se hallaba al abrigo de las excomuniones lanzadas por los obispos: estaba facultada para enseñar do quiera, y sus doctores ocupaban la presidencia sobre cualesquiera otros.

La Sorbona y el colegio de Navarra eran sus mas principales y célebres casas. Hácia fines del siglo XIV contaba la universidad cincuenta colegios.

A imitacion de las escuelas de Atenas y de Roma, dividió á sus alumnos en cuatro naciones: la Francia, la Picardía, la Normandía y la Alemania que fue sustituida á la de Inglaterra durante las guerras del siglo XIV, subdividiéndose á su vez en provincias estas mismas naciones. Las demás universidades adoptaron las mismas distinciones: la de Oxford se dividió en dos, y últimamente en cuatro; las de Viena, Praga y Leipsick tuvieron tambien cuatro: las restantes, esparcidas por las principales ciudades del reino introdujeron el mismo uso: la de Orleans tomó la denominacion de Paris, y la de Poitiers se subdividió en Francia, Aquitania, Berri y Turena. Estas distinciones tenian por objeto la clasificación de los educandos respecto á la habitacion, asambleas, procesiones y distribucion de las dotaciones pias y de los socorros; y procuraban excitar en los jóvenes el espíritu de provincialismo, en una época en que la provincia venia á ser para todos la única patria.

Las universidades habian sido fundadas, ya por los Reyes ó por los Papas, y á veces por el concurso de ambas potestades. En 1312, Clemente V y Felipe el Hermoso crearon la de Orleans; el Papa Nicolás IV estableció la de Montpellier en 1289, y Bonifacio VIII la de Aviñon en 1303: Juan XXII, fundó en 1332 la universidad de Cahors; Alejandro IV la de Aix en 1409; Pio II la de Nantes en 1450; Carlos, cardenal de Lorena, fundó la de Reims en 1548,

y Francisco, cardenal de Tournon, edificó la de este nombre en 1560; las demás fueron debidas á los reyes San Luis, Carlos V, Carlos VII, Luis XIII y Estanislao de Polonia.

Bajo este régimen, que hemos descrito detalladamente, la enseñanza fue seria y libre. Por una tendencia natural á todas las corporaciones privilegiadas, trató la universidad diferentes veces de hacer cerrar las escuelas secundarias: viósele aspirar al monopolio de la educacion; pero esa lucha incesante é infructuosa en el mismo hecho, es un nuevo testimonio que prestaba al principio de libertad. Este habia sido su principio y aun lo era á la sazón. Los soberanos al promulgar los edictos en su favor no temian proclamarse protectores de todos los derechos y de todas las escuelas. Los antiguos soberanos de Francia y los demás monarcas de Europa, llegaron á comprender que por el interés de sus coronas y de sus pueblos, era preciso permitir la concurrencia á los padres de familia.

Eclesiástica en su origen, en sus progresos, hombres y doctrinas, la universidad, hija primogénita de los reyes cristianísimos, lo fue tambien en su forma de instruccion casi gratuita. El canciller de Nuestra Señora de Paris otorgaba á los catedráticos, en nombre de la autoridad pontificia, y con solo su bendiccion, la facultad de enseñar. La Religion era el tronco á que estaban unidas todas las ramas de las ciencias humanas; pero luego que el cisma, la herejía y los funestos celos invadieron estas grandes corporaciones, fueron perdiendo poco á poco su influencia, espirando, así como los parlamentos, á impulsos de una revolucion que ellas mismas se habian preparado.

Con esto hay lo suficiente para conocer la universidad de Paris, á la irreconciliable enemiga de los Jesuitas. Vamos á verla en práctica con sus preocupaciones, sus cálculos, y aun á veces con sus odios. Lo que ella ejecutó contra la Compañía, lo intentaron á las claras ó paladinamente las demás universidades de Europa, puesto que la Sociedad de Jesús era su mas peligrosa antagonista. Congregáronse todos los cuerpos facultativos para desviarla de su fin, ó para perderla en el ánimo de los pueblos; pero la universidad de Paris, por el esplendor que lanzaba en el mundo literato, por los hombres ilustres que formaban su gloria, y por su mismo poder político, reasumió en sí misma los combates dirigidos contra los Jesuitas; sobrepujó á todas las universi-

dades en la persistencia de su celoso enojo, y era por tanto preciso conocerla antes de seguir el curso de los acontecimientos.

En España, sin embargo, no encontraban los Jesuitas enemigos sistemáticos como en Francia. Habíase esparcido de tal modo en la Península el rumor de los hechos de Loyola, que no le costó gran dificultad á su pariente Araoz el hacer adoptar en ella el Instituto.

La España era católica hasta en sus pasiones, en sus deseos, y aun en la misma esencia de su gobierno: habia combatido tan largo tiempo contra los moros á favor de su independencia, que aun después de la victoria la restaba un recuerdo del martirio, que, inoculado en sus costumbres, era para ella un segundo bautismo. Creíanse los españoles cristianos de antigua raza, y tenían poco que temer por lo tanto de los esfuerzos que podian hacer los herejes de Alemania y Francia para introducirse en la Península. Pero no fue este el motivo á que la Sociedad de Jesús debió su introduccion en ella.

Araoz habia entrado en el Instituto en el momento de su creacion; tuvo necesidad de regresar á su patria aquel mismo año, y desembarcó en Barcelona. Los amigos y discípulos que Loyola contaba en esta ciudad, le recibieron con transporte, instándole á presentarse en la cátedra de la verdad. El Jesuita era elocuente y persuasivo, por lo que no tardó en despertar el amor divino en los corazones; habló de los copiosos frutos que habia producido en Europa la Compañía de Jesús, á cuyo Instituto pertenecía; inflamando el celo de sus oyentes, hasta el punto de hacerles formar el proyecto de establecer una casa de su Orden en dicha ciudad. Realizado este proyecto se dirigió Araoz hácia Castilla, excitando el mismo entusiasmo, y obteniendo los mismos resultados en Burgos y Valladolid. En las provincias Vascongadas obró idénticos prodigios, captándose de tal modo la atencion de la multitud, que varias veces se vió obligado á predicar en campo raso.

Hallábase á la sazón de virey en Cataluña D. Francisco de Borja, duque de Gandía. Este príncipe, á quien veremos ocupar el tercer generalato de los Jesuitas, poseía todas las virtudes que su abuelo el papa Alejandro VI hubiera debido poseer con mas razon en el trono pontifical. Deseó ver en particular á Araoz, el primer profeso después de los diez Padres fundadores de la Com-

pañía: orientóle este de todos los planes de Loyola; le presentó la bula apostólica, y el Virey le prometió en cambio asociarse con todo su poder á una obra cuyo origen aparecia como un favor de la Providencia: Borja cumplió su palabra.

Portugal fué uno de los reinos católicos que se manifestaron mas dispuestos á acoger en su seno á la Compañía de Jesús. En el capítulo siguiente, consagrado exclusivamente á las misiones de Francisco Javier, diremos los motivos que determinaron á Juan III á llamar cerca de sí á los nuevos religiosos. En este solo nos ocuparemos de los resultados que obtuvieron en el continente europeo.

Javier salió solo para las Indias, quedándose Rodriguez en Lisboa á instancias del Rey, que testigo de tantos prodigios como obraba por medio de su predicacion, no quiso mostrarse ingrato. Quedaron vacantes algunos beneficios eclesiásticos, y suplicó á la corte de Roma que los aplicase al establecimiento de un colegio, del que pensaba hacer un plantel de santos operarios para sus Estados, y de misioneros para las naciones infieles. Eligió en 1542 la casa de san Antonio Abad, en Lisboa, de la que Rodriguez tomó posesion con Bernardino Scaleati y Gonzalo Medarrio, sus dos discípulos.

Bien pronto se divulgó su nombre, y aquel mismo año se levantaron los cimientos del colegio de Coimbra, uno de los mas ricos y célebres que tuvo la Compañía en la Península. En el mes de enero de 1544 solo contaba veinte y cinco individuos, que se aumentaron hasta el número de sesenta en el mes de julio del mismo año, siendo la mayor parte franceses ó italianos. Uno de los puntos mas esenciales de la política de Ignacio consistia en ver únicamente un miembro de la Compañía en un súbdito de cualesquiera nacion que fuese; porque queria acostumarlos á todos á sostenerse mutuamente y á que se amasen como hermanos.

Para realizarlo se propuso desde un principio hacer trizas el excesivo cariño al amor paternal, que sufoca tan grandes cosas. El mundo para él y para su Orden se reducía á un solo pueblo en Jesucristo. Era por lo tanto esencial el inocular en la mente de los novicios las costumbres é idioma de sus compañeros.

Quiso hacerlos cosmopolitas, para unirlos á Dios con lazos mas indisolubles y hacerlos viajeros, para que ilustrados con el con-

tacto de distintas naciones, aprendiesen por experiencia á conocer mejor á los hombres.

Empero esta política no estaba al alcance de los habitantes de Coimbra : empezaron á manifestar desde luego una fria indiferencia y un marcado desprecio contra aquellos Padres que habian llegado á ella desde tan léjos. Eran nativos del Occidente y del Norte de Europa, y tal vez podrian estar manchados con la herejía. En Portugal esta sospecha era un crimen. Sin embargo, muy luego se disipó esta prevencion.

Para saber de qué modo se propagó la Compañía de Jesús, importa seguir á Pedro Lefèvre en sus diferentes misiones, y después de haberle acompañado á Alemania regresar con él á la Península. Este sacerdote, el ejemplo mas evidente del poder de la Asociacion, nació en Saboya. Indigente y tímido, ni aun sabia apreciar la energía y el talento que encerraba en su cabeza y en su corazon : hubiera tal vez existido humilde é ignorado sobre la tierra, prodigando el bien en algun retirado rincón de un valle de los Alpes, á no haberle catequizado Ignacio siendo estudiante en la universidad de Paris. Lefèvre era un hombre sin voluntad y sin ambicion ; de consiguiente le costó muy poco trabajo á Ignacio el inspirarle el voto de pobreza y obediencia, y desde entonces únicamente ambicionó la salvacion de las almas. Despertóse esta natura inerte, en manos de Ignacio, y vamos á ver lo que semejante metamorfosis le permitió completar en pocos años.

La Alemania, con sus divisiones territoriales y sus principios inestables, venia á ser para la Santa Sede la manzana de la discordia. Las antiguas querellas entre el imperio y la corte romana ; las usurpaciones del uno ; las excomuniones de la otra, y la memoria de aquellos reyes que proclamaron la guerra contra los Papas, ó humillaron su orgullo bajo el mando de un sacerdote ; todas estas divergencias entre los dos principios que llenan la historia de la edad media, no se habian aun olvidado. Aquel pueblo, tan dividido en fracciones respecto á la política, al par que unido por las costumbres y el lenguaje, no habia encontrado aun bastante alimento en las guerras para calmar su imaginacion entusiasta por las innovaciones. Necesitaban aquellos ánimos, á quienes no satisfacian los calmosos estudios de las universidades alemanas, esas discusiones que engendran un nuevo mundo de ideas y un nuevo encadenamiento de hechos ; aspiraban á un culto mas adap-

tado á sus necesidades y mas en relacion con sus inclinaciones.

Poco les importaba la forma y el fondo, con tal que un nuevo culto les proporcionase una venganza contra Roma, y una satisfaccion completa de sus pasiones. Entonces apareció Lutero. La época no podia ser mas á propósito ; fértil en agitaciones y fecunda en revueltas. El clero, el de Alemania en especial, daba, con muy pocas excepciones, el ejemplo palpable del mayor desenfreno. Lutero, monje agustino, que habia en sí reasumido todos los vicios que reinaban en el clero, quiso añadir á su depravacion un proyecto ambicioso : soñó nada menos que con la púrpura romana ; mas no pudiéndola vislumbrar sino en lontananza, quiso acercarse á ella haciéndose temer.

Habia recibido la mision de predicar contra ciertos desórdenes que se habian introducido en la Iglesia, y volvió sus armas contra la Iglesia misma ; púsose á batir en brecha las indulgencias y dispensas emanadas de la corte de Roma, y por esa pendiente insensible que arrastra á los hombres mas de lo que quisiera su pensamiento, se vió transportado á un nuevo círculo de ideas mas absolutas : principió por declamar contra los abusos, y encontró quien le contradijese ; la contradiccion hizo nacer en su cabeza volcánicas tentaciones de orgullo, y al ver que le resistian, rasgó el velo con que encubria sus designios. Trataba de obligar á la Iglesia á reformarse ; pero la Iglesia no se prestaba dócilmente á los consejos que un fraile la lanzaba desdeñosamente desde el púlpito, y le trató de apóstata y de hereje. Lutero no tuvo valor para darla un mentís.

Llegó á ser lo que la historia sabe ; en su muerte, ocurrida el 18 de febrero de 1546, habia de tal modo propagado sus doctrinas, que la Alemania entera estaba impregnada de ellas. Los príncipes y reyes se separaban de la unidad católica : Lutero habia dejado tras sí una multitud de sectarios y discípulos que arrastraban al vulgo entusiasta de un nuevo culto. La Alemania, entregada á las doctrinas de Melancton, de Bucero, de Carlóstadio y Bulingero ; la Suiza y la Francia á las de Zwinglio, Calvino y Teodoro Beza, habian llegado á ser un palenque donde cada uno disputaba comentando á su arbitrio los textos de la sagrada Escritura y de los santos Padres, y se atribuía en su libre exámen, la infalibilidad que rehusaba á la Iglesia universal.

Semejante situacion no podia menos de llamar la atencion del

soberano Pontífice. Tampoco se le escapaba su gravedad á Carlos V, cuya cautelosa prudencia marchitaba el brillo de los atributos de la majestad, é inquietábale este movimiento en los ánimos de su imperio germánico, como á príncipe y como á católico.

No fueron solo los Luteranos los que invadieron las márgenes del Danubio y del Rhin. Storck y Munster habian creado en 1523 una secta que bajo el nombre de Anabaptistas, se decia inspirada para destruir á los Católicos y Protestantes. No venian estos herejes, así como los Luteranos y Calvinistas, á conducir al mundo la paz, sino la guerra. Consistia el fondo de su religion en volver á bautizar á los niños, de cuya ceremonia sacaron su nombre. Fanáticos y crueles desenvolvian á los pueblos el dogma de la igualdad, inculcándoles como un deber la insurreccion contra la Iglesia y contra los reyes. No ofrecian, sin embargo, estos herejes mas que un peligro pasajero; porque las naciones en masa no se dejan por largo tiempo arrastrar á tan criminales locuras: pero el Emperador no estaba dispuesto á otorgar tanta libertad á sus súbditos, y creyó ponerla trabas reuniendo en una especie de sínodo á los doctores mas afamados. Los Protestantes tenian un gran interés en multiplicar estas asambleas: ya porque les suministraban los medios de dar cierto prestigio á sus doctrinas, como porque la frecuencia de estas reuniones impedia la formacion del concilio general, invocado por la Silla apostólica y por toda la cristiandad.

Ortiz, embajador de Carlos V cerca de Paulo III, recibió orden de presentarse en Worms, donde iba á celebrarse una de estas conferencias. El diplomático español necesitaba á su lado un teólogo erudito, un orador elocuente, y en especial un sacerdote virtuoso; demandóle al Papa y á Loyola, y ambos escogieron á Lefèvre. El 24 de octubre de 1540, llegaron á Worms Ortiz y Lefèvre, siendo este último el primer individuo de la Compañía de Jesús que entraba en Alemania.

La conferencia indicada no habia sido mas que un lazo tendido por los Luteranos. Lefèvre no tardó en conocer los obstáculos que impedian toda reunion preparatoria. Habia en esta ciudad un clero pervertido y unos cristianos que á ejemplo de sus pastores, se precipitaban en toda clase de desórdenes. El Jesuita emprendió su oposicion á tamaños males, y sale victorioso.

Se lee una horrible descripción de las costumbres eclesiásticas en varias cartas escritas en castellano que dirigió Lefèvre desde Worms al general de la Compañía; hé aquí el contenido de dos de ellas ¹:

« Yo me admiro de que no haya dos ó tres veces mas herejes que los que hay, y digo esto porque nada conduce tan rápidamente al error en materia de fe como el desorden en las costumbres; no son por cierto las falsas interpretaciones de la Escritura, ni los sofismas que emplean los Luteranos en sus sermones y disputas, la causa de la apostasia de tantos pueblos; todo el mal dimana de la escandalosa vida de los sacerdotes. »

El 10 de enero de 1541 escribia:

« ¡Ojalá que en esta ciudad de Worms se pudiesen hallar solamente dos ó tres eclesiásticos que no fuesen concubenarios ó manchados con otros crímenes notorios, y que fuesen algun tanto celosos por la salvacion de las almas! porque en este caso podrian hacer cuanto quisieran de este pueblo sencillo y bueno. Hablo de las ciudades que no han abolido aun todas las leyes y prácticas de la Religion, ni sacudido enteramente el yugo de la Iglesia romana; pero la parte del rebaño que, por deber está obligada á conducir á los infieles al redil de la Iglesia, es la misma que por sus costumbres disolutas invita y aun impulsa á los Católicos hácia el luteranismo. »

Fácil es observar por el contenido de estas cartas que los mismos sectarios no eran los apóstoles mas activos de la Reforma. Lo que pasaba en Worms se realizaba en casi todas las poblaciones de la comarca. El Jesuita deseaba encontrar dos ó tres sacerdotes que no estuviesen viciados, y solo halló uno: el dean del cabildo, que ejercia al mismo tiempo las funciones de vicario general y de inquisidor.

Solo y desanimado, iba ya á abandonar un rebaño que, segun él decia, se entregaba á las garras del lobo, cuando llegó Lefèvre, que por medio de sus exhortaciones, reanimó su ardor haciendo cambiar de aspecto á la ciudad.

Desde allí pasó el Jesuita á Spira, y en seguida á Ratisbona, á donde el Emperador y Contarini, legado del Papa, de-

¹ Todas las cartas ó documentos inéditos que se citen en el relato de esta historia sin indicar su origen, existen en los archivos del *Gesu*, casa madre de la Compañía de Jesús en Roma.